

«Ya llegan! ya llegan! repitieron los del Casino y las señoras de la Audiencia cuando la procesión llegaba de verdad. Ahora no era un rumor falso, eran ellos, era el Entierro.»

Cesaron los comentarios en los balcones.

Todas las almas, más ó menos ruines, se asomaron á los ojos.

Ni un solo vetustense allí presente pensaba en Dios en tal instante.

El pobre don Pompeyo, el ateo, ya había muerto.

Visitación, la del Banco, en vez de mirar como todos hacia la calle estrecha por donde ya asomaban los pendones tristes y desmayados, las cruces y ciriales, observaba el gesto de don Álvaro Mesía, que estaba solo, al parecer, en el último balcón de la fachada del Casino, en el de la esquina. Todo de negro, abrochada la levita ceñida hasta el cuello, don Alvaro, pálido, mordía de rato en rato el puro habano que tenía en la boca, sonreía á veces y se volvía de cuando en cuando á contestar á un interlocutor, invisible para Visita.

Era don Víctor Quintanar. Los dos amigos se habían encerrado en la secretaría del Casino, á ruegos del ex-regente que quería ver sin ser visto lo que él llamaba la *subida al Calvario de su dignidad*. Detrás de Mesía, que daba buena sombra, temblando sin saber por qué, impaciente, casi con fiebre, Quintanar se disponía á ver todo lo que pudiera.

—Mire Vd.—decía—si yo tuviera aquí una bomba Orsini... se la arrojaba sin inconveniente al señor Magistral cuando pase triunfante por ahí debajo. ¡Secuestrador!

—Calma, don Víctor, calma; esto es el principio del fin. Estoy seguro de que Ana está muerta de vergüenza á estas horas. Nos la han fanatizado, ¿qué le hemos de hacer? pero ya abrirá los ojos; el exceso del mal traerá el remedio... Ese hombre ha querido estirar

demasiado la cuerda; claro que esto es un gran triunfo para él... pero Ana tendrá que ver al cabo que ha sido instrumento del orgullo de ese hombre.

—Eso, instrumento, vil instrumento! La lleva ahí como un triunfador romano á una esclava... detrás del carro de su gloria...

Don Víctor se embrollaba en estas alegorías; pero lo cierto era que él se figuraba á don Fermín de Pas, en medio de la procesión, y de pié en un carro de cartón, como él había visto entrar al barítono en el escenario del Real, una noche que cantaban el *Poliuto*.

Don Alvaro no fingía su buen humor. Estaba un poco excitado, pero no se sentía vencido; él se atenia á sus experiencias. «Aquel clérigo no había tocado en la Regenta, estaba seguro.» Sonreía de todo corazón, sonreía á sus pensamientos, á sus planes. «Claro que les molestaba á los nervios aquel espectáculo en que aparentemente el rival se mostraba triunfando á la romana, según don Víctor, pero... no había tocado en ella.»

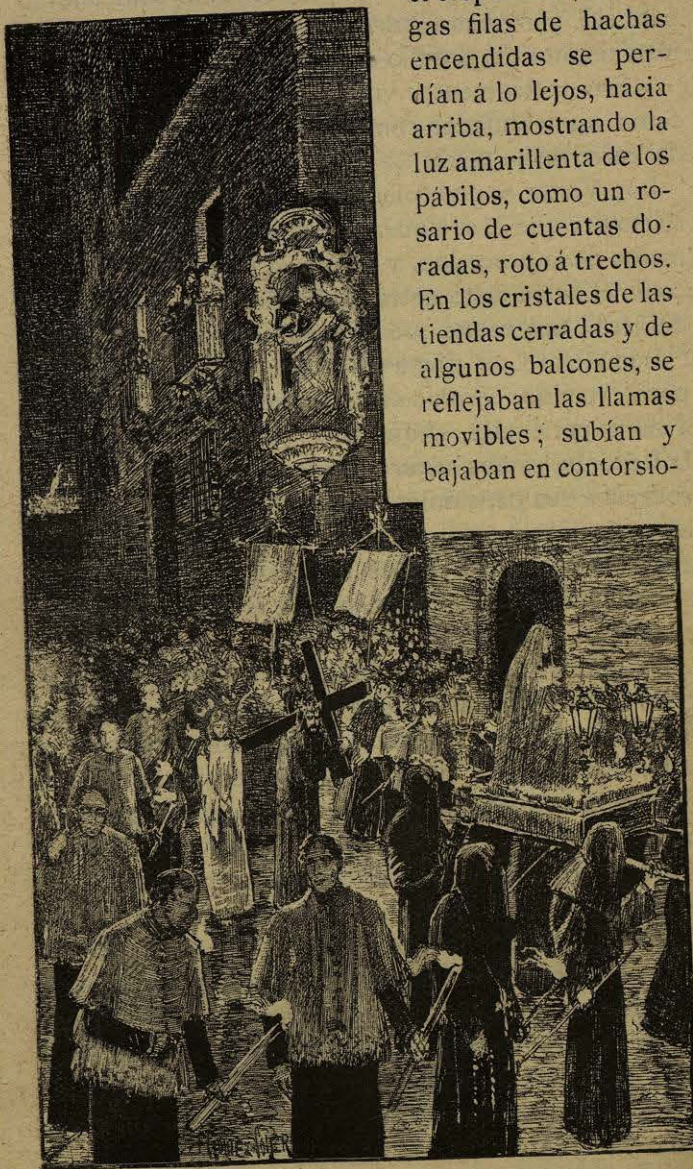
Quintanar, desde su escondite, vió asomar entre las rejas negras del balcón una cruz dorada, remate de un pendón viejo y venerable. Se puso de piés sobre la silla, siempre sin poder ser visto desde la calle, y reconoció á Celedonio con una cruz de plata entre los brazos.

Mesía, dejando detrás de sí á su amigo, ocupó el medio del balcón, arrogante y desafiando las miradas de los clérigos que pasaban debajo de él.

Los tambores vibraban fúnebres, tristes, empeñados en resucitar un dolor muerto hacía diez y nueve siglos; á don Víctor sí le sonaba aquello á himno de muerte; se le figuraba ya que llevaban á su mujer al patíbulo.

El redoble del parche se destacaba en un silencio igual y monótono.

En la calle estrecha, de casas oscuras, se anticipaba



el crepúsculo; las largas filas de hachas encendidas se perdían á lo lejos, hacia arriba, mostrando la luz amarillenta de los pábilos, como un rosario de cuentas doradas, roto á trechos. En los cristales de las tiendas cerradas y de algunos balcones, se reflejaban las llamas movibles; subían y bajaban en contorsio-

nes fantásticas, como sombras lucientes, en confusión de aquellarre. Aquella multitud silenciosa, aquellos pasos sin ruido, aquellos rostros sin expresión de los colegiales de blancas albas que alumbraban con cera la calle triste, daban al conjunto apariencia de ensueño. No parecían seres vivos aquellos seminaristas cubiertos de blanco y negro, pálidos unos, con cercos morados en los ojos, otros morenos, casi negros, de pelo en matorral, casi todos cecijuntos, preocupados con la idea fija del aburrimiento, máquinas de hacer religión, reclutas de una leva forzosa del hambre y de la holgazanería. Iban á enterrar á Cristo, como á cualquier cristiano, sin pensar en Él; á cumplir con el oficio. Después venían en las filas clérigos con manteo, militares, zapateros y sastres vestidos de señores, algunos carlistas, cinco ó seis concejales, con traje de señores también. Iba allí Zapico, el dueño ostensible de la Cruz Roja, esclavo de doña Paula. El Cristo tendido en un lecho de batista sudaba gotas de barniz. Parecía haber muerto de consunción. Á pesar de la miseria del arte, la estatua supina, por la grandeza del símbolo infundía respeto religioso... Representaba á través de tantos siglos un duelo sublime. Detrás venía la Madre. Alta, escualida, de negro, pálida como el hijo, con cara de muerta como él. Fija la mirada de idiota en las piedras de la calle, la impericia del artífice había dado, sin saberlo, á aquel rostro la expresión muda del dolor espantado, del dolor que rebosa del sufrimiento. María llevaba siete espadas clavadas en el pecho. Pero no daba señales de sentirlas; no sentía más que la muerte que llevaba delante. Se tambaleaba sobre las andas. También esto era natural. Desde su altura dominaba la muchedumbre, pero no la veía. La Madre de Jesús no miraba á los vetustenses... Don Alvaro Mesía, al pasar cerca de sus piés la Dolorosa tuvo miedo, dió un paso atrás en vez de arrodillarse.

El choque de aquella imagen del dolor infinito con los pensamientos de don Alvaro, todos profanación y lujuria, le espantó á él mismo. Estaba pensando que Ana, después de *aquella locura* que cometía por el confesor, por De Pas, haría otras mayores por el amante, por Mesía.

Allí iba la Regenta, á la derecha de Vinagre, un paso más adelante, á los piés de la Virgen enlutada, detrás de la urna de Jesús muerto. También Ana parecía de madera pintada; su palidez era como un barniz. Sus ojos no veían. Á cada paso creía caer sin sentido. Sentía en los piés, que pisaban las piedras y el lodo un calor doloroso; cuidaba de que no asomasen debajo de la túnica morada; pero á veces se veían. Aquellos piés desnudos eran para ella la desnudez de todo el cuerpo y de toda el alma. «¡Ella era una loca que había caído en una especie de prostitución singular; no sabía por qué, pero pensaba que después de aquel paseo á la vergüenza ya no había honor en su casa. Allí iba la tonta, la literata, Jorge Sandio, la mística, la fatua, la loca, la loca sin vergüenza». Ni un solo pensamiento de piedad vino en su ayuda en todo el camino. El pensamiento no le daba más que vinagre en aquel calvario de su recato. Hasta recordaba textos de Fray Luís de León en la *Perfecta Casada*, que, según ella, condenaban lo que estaba haciendo. «Me cegó la vanidad, no la piedad, pensaba». «Yo también soy cómica, soy lo que mi marido.» Si alguna vez se atrevía á mirar hacia atrás, á la Virgen, sentía hielo en el alma. La Madre de Jesús no la miraba, no hacia caso de ella; pensaba en su dolor cierto; ella, María, iba allí porque delante llevaba á su Hijo muerto, pero Ana ¿á qué iba?»...

Según el Magistral, iba pregonando su gloria. Don Fermín no presidía este entierro como el del miércoles, pero celebraba con él su nuevo triunfo. Caminaba

cerca de Ana, casi á su lado en la fila derecha, entre otros señores canónigos, con roquete, muceta y capa; empuñaba el cirio apagado, como un cetro. «Él era el amo de todo aquello. Él, á pesar de las calumnias de sus enemigos había convertido al gran ateo de Vetusta haciéndole morir en el seno de la Iglesia; él llevaba allí, á su lado, prisionera con cadenas invisibles á la señora más admirada por su hermosura y grandeza de alma en toda Vetusta; iba la Regenta edificando al pueblo entero con su humildad, con aquel sacrificio de la carne flaca, de las preocupaciones mundanas, y era esto por él, se le debía á él solo. ¿No se decía que los jesuitas le habían eclipsado? ¿que los Misioneros podían más que él con sus hijas de confesión? Pues allí tenían prueba de lo contrario. ¿Los Jesuitas obligaban á las vírgenes vetustenses á ceñir el cilicio? Pues él descalzaba los más floridos piés del pueblo y los arrastraba por el lodo... allí estaban, asomando á veces debajo de aquel terciopelo morado, entre el fango. ¿Quién podía más?» Y después de las sugerencias del orgullo, los temblores cardíacos de la esperanza del amor. «¿Qué serían, cómo serían en adelante sus relaciones con Ana?» Don Fermín se estremecía. Por de pronto mucha cautela. Tal vez el día en que dejó la puerta abierta á los celos la asusté y por eso tardó tanto en volver á buscarme. Cautela por ahora... después... ello dirá.» De Pas sentía que lo poco de clérigo que quedaba en su alma desaparecía. Se comparaba á sí mismo á una concha vacía arrojada á la arena por las olas. «Él era la cáscara de un sacerdote.»

Al pasar delante del Casino, frente al balcón de Mesía, Ana miraba al suelo, no vió á nadie. Pero don Fermín levantó los ojos y sintió el topetazo de su mirada con la de don Alvaro; el cual reculó otra vez, como al pasar la Virgen, y de pálido pasó á lívido. La mirada del Magistral fué altanera, provocativa, sarcástica en

su humildad y dulzura aparentes: quería decir ¡*Væ victis!* La de Mesía no reconocía la victoria; reconocía una ventaja pasajera... fué discreta, suavemente irónica, no quería decir: «Venciste, Galileo» sino «hasta el fin nadie es dichoso». De Pas comprendió, con ira, que el del balcón no se daba por vencido.

—¡Va hermosísima!—decían en tanto las señoras del balcón de la Audiencia.

—¡Hermosísima!

—¡Pero se necesita valor!

—Amigo, es una santa.

—Yo creo que va muerta—dijo Obdulia;—¡qué pálida! ¡qué *parada!* parece de escayola.

—Yo creo que va muerta de vergüenza—dijo al oído de la Marquesa, Visita.

Doña Rufina suspiraba con aires de compasión. Y advirtió:

—Lo de ir descalza ha sido una barbaridad. Va á estar en cama ocho días con los piés hechos migas.

La baronesa de La Deuda Flotante, definitivamente domiciliada en Vetusta, se atrevió á decir encogiendo los hombros:

—Dígase lo que se quiera; estos extremos no son propios... de personas decentes.

El Marqués apoyó la idea muy eruditamente.

—Eso es piedad de transtiberina.

—Justo—dijo la baronesa, sin recordar en aquel instante lo que era una transtiberina.

Como en la Audiencia, en todos los balcones de la carrera, después de pasar la procesión, y haber contemplado y admirado la hermosura y la valentía de la Regenta, se murmuraba ya y se encontraba inconvenientes graves en aquel «rasgo de inaudito atrevimiento.»

Foja en el Casino, lejos de Mesía y don Víctor, decía pestes del Magistral y la Regenta. «Todo eso es indig-

no. No sirve más que para dar alas al Provisor. Lo que ha hecho la Regenta lo pagarán los curas de aldea. Además, la mujer casada la pierna quebrada y en casa.»

—Sin contar—añadía Joaquín Orgaz—con que esto se presta á exageraciones y abusos. El año que viene vamos á ver á Obdulia Fandiño descalza de pié... y pierna, del brazo de Vinagre.

Se rió mucho la gracia.

Pero también se notó que Orgaz decía aquello porque no había sacado nada de sus pretensiones amorosas, ó por lo menos, no había sacado bastante.

El populacho religioso admiraba sin peros ni distinguos la humildad de aquella señora. «Aquello era imitar á Cristo de verdad. ¡Emparejarse, como un cualquiera, con el señor Vinagre el nazareno; y recorrer descalza todo el pueblo!... ¡Bah! era una santa!»

En cuanto á don Víctor, al pasar debajo de su balcón el Magistral y Ana preguntó á Mesía:

—¿Están ya ahí?

—Sí, ahí van...

Y el mismo esposo estiró el cuello... y asomó la cabeza... Lo vió todo. Dió un salto atrás.

—¡Infame! ¡es un infame! ¡me la ha fanatizado!

Sintió escalofríos. En aquel instante la charanga del batallón que iba de escolta comenzó á repetir una marcha fúnebre.

Al pobre Quintanar se le escaparon dos lágrimas. Se le figuró al oír aquella música que estaba viudo, que aquello era el entierro de su mujer.

—Ánimo, don Víctor—le dijo Mesía volviéndose á él, y dejando el balcón.—Ya van lejos.

—No; no quiero verla otra vez. ¡Me hace daño!

—Ánimo... Todo esto pasará...

Y apoyó Mesía una mano en el hombro del viejo.

El cual, agradecido, enternecido, se puso en pié;



procuró ceñir con los brazos la espalda y el pecho del amigo, y exclamó con voz solemne y de sollozo:

—¡Lo juro por mi nombre honrado! ¡Antes que esto, prefiero verla en brazos de un amante!

—Sí, mil veces, sí—añadió—¡búsquenle un amante, sedúzcanmela; todo antes que verla en brazos del fanatismo!...

Y estrechó, con calor, la mano que don Alvaro le ofrecía.

La marcha fúnebre sonaba á lo lejos. El *chin, chin* de los platillos, el *rum rum* del bombo servían de marco á las palabras grandilocuentes de Quintanar.

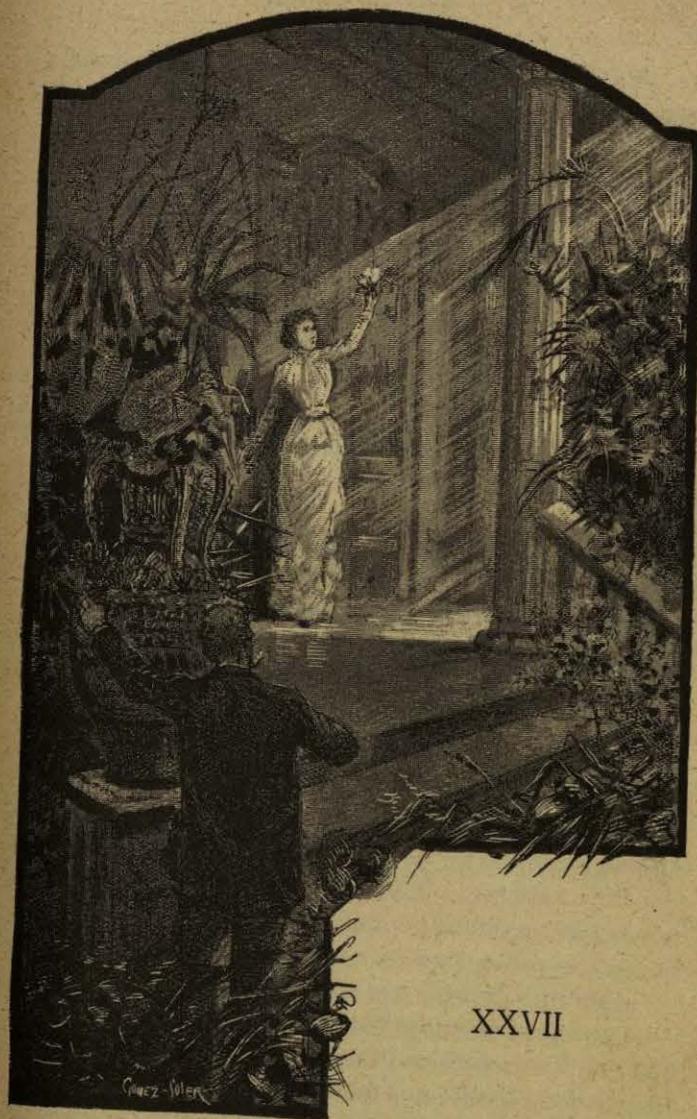
—¡Qué sería del hombre en estas tormentas de la vida, si la amistad no ofreciera al pobre náufrago una tabla donde apoyarse!

—¡*Chin! chin! chin! bom, bom, bom!*

—¡Sí, amigo mío! ¡Primero seducida que fanatizada!...

—Puede Vd. contar con mi firme amistad, don Víctor; para las ocasiones son los hombres...

—Ya lo sé, Mesía, ya lo sé... ¡Cierre Vd. el balcón, porque se me figura que tengo ese bombo maldito dentro de la cabeza!



XXVII

Las diez! Has oído? el reloj del comedor ha dado las diez... Te parece que subamos?...
—Espera un poco; espera que suene la hora en la catedral.